

BONIFATIA BRÜGGE

MIRABILITER CONDIDISTI,

MIRABILIUS REFORMASTI

El hombre en la creación y en la nueva creación

“¡Oh pecado de Adán, verdaderamente amable, pues fue borrado por la muerte de Cristo! ¡Oh dichosa culpa, que mereció tener tal y tan grande redentor!”¹. Así lo anuncia el diácono en el *Exultet*, el jubiloso himno de la luz, que inicia la más santa de todas las vigencias. “¡Oh amable pecado!” ¿Cómo entender este contrasentido? ¿Puede ser amable un pecado? ¿Es posible y lícito llamar dichosa a una culpa? La Iglesia santa lo hace; intentemos, pues, comprenderlo. Oigamos para ello lo que nos dice el venerable libro de la creación, cuando enmudece la voz del diácono y la comunidad escucha en silencio las palabras del lector.

La madre Iglesia nos lleva hasta los más remotos orígenes. En sus lecciones salta milenarios y milenarios, sin que sus palabras denuncien la menor incertidumbre. “En el principio creó Dios el cielo y la tierra” (*Génesis* 1, 1). En un orden divino, siguen las obras de la creación, y “fue tarde y fue mañana”, según medida divina.

El día sexto crea Dios al hombre, formándolo “a su imagen y semejanza” (*Génesis*, 1, 26). El *Génesis* nos presenta más de un relato sobre la creación

del hombre. La primera lección de la vigilia pascual sitúa la creación del hombre como conclusión de la obra de los seis días. Cuando Dios hubo dado el ser a todo lo demás, cuando la creación estaba dotada de todo y Dios vio que “era buena” (*Génesis*, 1, 4; 1, 25), formó a aquél, para quien la creación iba a ser el regalo de bodas: lo que “era bueno” fue entregado al que “era muy bueno” (*Génesis*, 1, 31). Dios le permite tomar parte en su soberanía, lo constituye señor sobre todas las criaturas, que somete a su dominio (*Génesis*, 1, 28).

Ya este dominio del hombre sobre lo creado entraña una participación de la naturaleza de Dios; pero esta participación será más profunda mediante el libre albedrío. Por él se le da al hombre la posibilidad de decidirse. Puede permanecer unido a Dios en la obediencia, o separarse de El.

En el capítulo segundo del *Génesis* leemos un relato más extenso sobre la creación del hombre (*Génesis*, 2, 7). Las manos de Dios —narra el texto sagrado— toman polvo de la tierra, y la boca de Dios infunde su aliento en ese polvo. En un símbolo sencillo a la vez que maravilloso, se realiza el desposorio del creador con su criatura; Dios inspira su vida a la estructura creada: lo divino y lo terreno forman una unidad en el hombre. El “aliento de vida” transforma al “hombre hecho de tierra” en imagen de Dios. Le hizo participar en la vida interna de Dios y le adornó con libre albedrío y conocimiento superior.

Pero el hombre demostrará su categoría de imagen de Dios por un nuevo camino. De igual modo que

Dios, por la infinita riqueza de su amor, se creó en el hombre un “tú”, así Adán transmitiría la plenitud recibida a un nuevo ser, “semejante” a él, “creado a imagen suya”. Hasta que no dio su fruto esta aptitud de Adán, Dios mismo sentía inacabada su obra de creación (*Génesis*, 2, 18). Pero Dios no creó un segundo Adán; porque Dios, que es uno, ama la unidad. Un segundo Adán hubiera sido como un mundo aparte, paralelo al primero. Aquí muestra Dios de nuevo su sabiduría y su arte; el ser que trae ahora a la vida sobrepuja a todo lo que había creado en torno a Adán. Crea un nuevo “hombre” (*homo* es la hembra lo mismo que el varón), pero ya no lo forma del barro de la tierra, sino del que había creado primero; semejante a éste y, sin embargo, totalmente distinto: Dios da al varón la mujer.

Adán la contempla y le pone nombre: “Yo soy —dice— el *Ish* (varón), y ésta es la *Ishá* (varona), pues ha sido tomada del varón” (*Génesis*, 2, 23). No le da ningún nombre propio, deriva el nombre del suyo propio, porque de él fue tomada y a él pertenece. Ambos están, como un único Adán, ante Dios. Así lo afirma la Sagrada Escritura: “Cuando creó Dios al hombre, lo creó a imagen de Dios. Como hombre y mujer los creó... y le puso por nombre Adán” (*Génesis*, 5, 1 s.). Dos seres, dos personas que denomina y abarca un sólo nombre. Su diversidad garantiza su unidad, pues sólo así es posible un mutuo complemento. En la semejanza estriba el lazo de unión que hace de los dos primeros seres humanos al “hombre”.

Los Santos Padres no se cansan de describirnos la

vida del primer hombre en el paraíso². También la Iglesia, año tras año, lee en la vigilia de Pascua la historia de la creación. Pero, más que recitarnos un relato histórico, proclama una profecía³, cuyo cumplimiento contempla. Adán y su mujer, el paraíso y la creación entera, todo fue creado como una promesa, en que Dios descubría y anunciaba una realidad más honda. No sabemos cómo hubiera llevado a cabo esta revelación primera de su amor, si el hombre no hubiese caído en el pecado; pero sabemos cómo la realizó después de pecar el hombre: enviando al mundo a su Hijo increado, para redimir al creado. Y para que su Hijo eterno fuera reconocido en la tierra, previamente lo anunció y nos lo mostró a través de figuras. “El Padre —dice Jacobo de Batna en Sarug— poseía su Hijo en lo oculto, sin que nadie tuviera de ello noticia, y quiso dar conocimiento de él al mundo por medio de figuras, y hablar de su amado por medio de la profecía”. Veladamente y como por señas anunció al mundo entero su Hijo escondido. Pero Israel no comprendió. “Entonces vino la nueva alianza, que esclareció a la antigua; ahora entiende el mundo todas las palabras, sin sombra ni velo. Brilló en el mundo el sol de nuestro Señor, y han recibido todos su luz; los misterios, las parábolas y los enigmas han quedado explicados..., y el mundo contempla abiertamente al Hijo de Dios”⁴. Ya en Adán, creado a imagen de Dios, reveló el Padre a este Hijo. Porque “¿cuál es la imagen de Dios, según la cual fue creado el hombre?”, pregunta Ambrosio en su *Exameron* (VI, 7, 41 y 42); y responde: “La imagen es Aquel que es siem-

pre y era en el principio. La imagen es el que dijo: 'Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre'. ¿Cómo puedes decir tú, que tienes ante los ojos la imagen viva del Padre vivo: Muéstranos al Padre?" (*Juan*, 14, 9)... Imagen de Dios es solamente Aquel que dijo: 'Yo y el Padre somos una sola cosa' (*Juan*, 10, 30)... Conforme a esta imagen —resume su explicación Ambrosio— era Adán antes del pecado". Cirilo de Alejandría, en su comentario a *Juan*, 5, 2, atribuye la semejanza de Adán con Cristo al Pneuma de Cristo, es decir, a la vida de Cristo resucitado, que fue inspirada ya a Adán. "Al principio —dice—, el artífice de todo lo creado tomó polvo de la tierra, formó de él al hombre y sopló en su rostro el aliento de vida. ¿Y qué es este aliento de vida, sino el Pneuma de Cristo que dijo: 'Yo soy la resurrección y la vida' (*Juan*, 11, 25)". Esta teología de los Padres adquirió forma visible en el arte cristiano. Entre los numerosos ciclos de la creación que éste nos ha llegado, encontramos no raras veces la representación del Logos encarnado que con su aliento creador roza la boca de Adán, formado del polvo, y lo despierta a la vida. Y Adán, que empieza a vivir, presenta en su rostro los rasgos del Hijo divino, cuyo aliento le hiere, y al que puede anunciar ya en imagen⁵.

Pero después que el primer hombre, por su pecado, desbarató los planes de Dios, Dios ordenó un nuevo principio y envió al nuevo Adán. Este nuevo Adán restauró todo lo creado en la idea primigenia de Dios, más aún, El mismo es ya esta restauración (cfr. *Colosenses*, 1, 20). Cuando, con su *consummatum est* (*Juan*, 19, 30), exhaló en la cruz su último

aliento, se repitió lo que había sucedido al principio: Dios inspiró el “aliento de vida” (*Génesis*, 2, 7) en el rostro muerto de la humanidad, y éste se tornó vivo y hermoso como en los orígenes primeros. “Verdaderamente, el tiempo del rejuvenecimiento estaba ya a la puerta o, mejor dicho, dentro de la puerta”, cuando, “después de la resurrección de entre los muertos”⁶, Cristo comunicó a sus discípulos, con el mismo aliento divino, su vida de resucitado y les dijo: “Recibid el Pneuma Santo. A quienes perdonareis los pecados, les son perdonados” (*Juan*, 20, 22 s.). El aliento del Señor resucitado destierra la muerte y el pecado, que engendra la muerte. Y donde no hay pecado se abre de nuevo el paraíso. “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (*Lucas*, 23, 43), promete en la cruz el Salvador moribundo al ladrón arrepentido. Ningún querubín cierra ya con espada de fuego la entrada del magnífico jardín de Dios. Nos envuelve de nuevo el perfume de flores que jamás se marchitan, y el árbol de la vida nos ofrece su delicioso fruto. ¿A nosotros? Sí, a todos nosotros, que hemos muerto y resucitado en Cristo, se nos ha abierto hoy, en la Pascua, el paraíso. Por eso la madre Iglesia, en su sabiduría, nos lee el grandioso relato del libro de la creación, no para que nos lamentemos por lo perdido, sino para que nos alegremos por lo recuperado. Hemos vuelto a encontrar el paraíso, no el del Adán terreno, que pasó, sino el del “Adán celeste” (*1 Corintios*, 15, 49), que ya no podrá arrebatarnos la serpiente y en el que pudo entrar el buen ladrón. Se ha cumplido la profecía. En este nuevo

paraíso vive también un hombre santo y, junto a él, una mujer santa: Cristo y la Iglesia.

Adán y su mujer nos anunciaron este *magnum mysterium* (*Efesios*, 5, 32). A los Padres les es familiar este lenguaje figurado de Dios, y ellos nos lo exponen fidedigna e inimitablemente. "El Padre escondido —escribe Jacobo de Batna en Sarug— escogió para su Hijo unigénito una esposa y, por medio de la profecía, la llevó a El en figura... Vino Moisés y, como hábil pintor, dibujó al esposo y a la esposa y cubrió después el grandioso cuadro con un velo. En su libro (*Génesis*, 2, 24) escribió que el hombre dejaría padre y madre y se uniría a su mujer, para formar los dos una sola carne. El profeta Moisés, hablando del hombre y la mujer, anunciaba a Cristo y a su Iglesia. Con el ojo penetrante de la profecía vio cómo Cristo... se hace uno con la Iglesia... Pero no consideró al pueblo digno de este gran misterio, que expresaba en el hombre y la mujer diciendo que serían una sola cosa... Miraba a Cristo y lo llamó varón, a la Iglesia, y la llamó mujer... Pintó un cuadro en el aposento del real esposo y lo llamó hombre y mujer, aunque sabía que bajo este velo se ocultaban Cristo y la Iglesia. En lugar de ellos, para mantener oculto el misterio, se anunciaron hombre y mujer... Nadie sabía qué era este grandioso cuadro y a quién representaba. Pero vino Pablo después de las bodas, vio el velo y lo levantó, aclarando el hermoso enigma. Reveló e hizo ver al mundo entero que los que Moisés había pintado con pneuma profético eran Cristo y su Iglesia. El apóstol exclama con arrebata-do entusiasmo. '¡Grande es este misterio!' (*Efesios*,

5, 32). El fue el primero en mostrar a quién representaba esta imagen escondida tras el velo, que la profecía llamaba hombre y mujer. 'Yo sé que son Cristo y su Iglesia, que siendo dos se hacen una sola cosa' (*cfr. Efesios*, 5, 32)... Acerquémonos todos a contemplar esa gloria que nunca podremos saciarlos de mirar. El gran misterio que antes estaba oculto, se ha revelado ahora. Los convidados a las bodas pueden gozarse en la hermosura del esposo y de la esposa."

Describiendo la unión de Cristo con la Iglesia, Jacobo de Batna en Sarug prosigue: "No están las mujeres tan estrechamente unidas con sus maridos como la Iglesia con el Hijo de Dios. ¿Qué esposo ha muerto jamás por su esposa, exceptuando nuestro Señor, y qué esposa ha escogido a un muerto por marido?... El murió en la cruz y entregó su cuerpo a la esposa, radiante de gloria; ésta lo toma y diariamente lo come en su mesa..., para que el mundo vea que los dos se han hecho una sola cosa. Cuando él hubo muerto en la cruz, ella no lo cambió por otro marido sino que amó su muerte, porque sabía que esta muerte le comunicaba con la vida. El hombre y la mujer eran sólo un medio de expresar este misterio, del que eran sombra, tipo, figura. Bajo sus nombres significaba Moisés el gran misterio... El gran Apóstol descubrió su resplandor y se lo mostró al mundo."

En Pascua, la comunidad congregada para el culto sagrado, contempla ese resplandor. Y no sólo lo contempla: ella misma irradia el resplandor. Ella es la mujer santa que el segundo Adán hizo nacer del agua y la sangre de su costado, que ahora hace "apa-

“rect ante El sin mancha ni arruga” (*Efesios*, 5, 27) en el santo misterio de cada Pascua, más aún, cada día, cuando en el misterio de la “memoria de su pasión” El “se duerme” sobre el altar¹. Con íntimo amor se ha unido a ella y la ha transformado en cuerpo suyo. Ya en el siglo II un autor cristiano escribía: “No creo que ignoreís que la Iglesia viviente es el cuerpo de Cristo, pues dice la Escritura: ‘Hizo Dios al hombre varón y hembra’ (*Génesis*, 1, 27). El varón es Cristo, la hembra la Iglesia” (*2 Clemente*, 14, 2; *Padres Apostólicos*, *BAC*, p. 366). Con esta Iglesia suya Cristo está ante el Padre, no como dos, sino como una sola cosa. Porque el Padre “sólo acepta a un único hombre, cuya cabeza es Cristo. El, el hombre único, el Cristo total, no se halla fuera de nosotros, puesto que es a la vez uno y muchos”². También nosotros pertenecemos a ese cuerpo, cada uno y cada una de nosotros, a pesar de que todavía llevemos las debilidades y flaquezas humanas. Pues la hemosura de la “cabeza” glorificada llena también al “cuerpo” con la gloria de la resurrección.

Ahora comprendemos el gozoso himno de la luz que entona el diácono en la vigilia de Pascua y su júbilo por la borrada culpa de Adán. Ahora reconocemos la profunda verdad de las oraciones de esta vigilia, en que la Iglesia nos va descubriendo la realidad oculta tras las profecías; y, al brillo de la luz nueva, vemos cómo “lo caído se levanta, lo viejo se renueva y todo recupera su integridad” en virtud de la sangre de Cristo, que “redimió maravillosamente” lo que “maravillosamente había creado”.

“¡Oh Padre, cómo bendeciremos tu bondad!
¡Oh Padre, cómo proclamaremos tu sabiduría!
¿Alabaremos el pecado
que nos procuró tal salvador?
¿Exaltaremos la culpa de Adán,
que con tal sangre fue borrada?
Una sola cosa podemos hacer: darte gracias
por tu único Hijo amado,
nuestro Señor Jesucristo
primogénito entre muchos hermanos,
sumo sacerdote de nuestras oblaciones,
único mediador a la diestra de Dios,
por quien nos acercamos confiados al trono de gracia
y ofrecemos nuestro sacrificio:
nos ofrecemos a nosotros mismos,
nosotros mismos con nuestra Eucaristía.
¡Acepta nuestra ofrenda de acción de gracias!
Nosotros, ‘Cristo-Ecclesia’, estamos ante ti,
nupcialmente unidos en alianza santa”⁹,